

Prefacio

Leí por primera vez el *Manifiesto comunista* —me lo dieron, estoy seguro, jóvenes comunistas que vivían en mi barrio de clase obrera— cuando yo tenía alrededor de diecisiete años. Tuvo un efecto profundo en mí, porque me pareció que todo lo que veía en mi propia vida, la vida de mis padres y las condiciones en que se encontraban los Estados Unidos en 1939 estaba allí explicado, ubicado en un contexto histórico y puesto bajo una luz analítica potente.

Yo veía que mi padre, un inmigrante judío de Austria, con estudios apenas hasta cuarto grado, trabajaba muy, muy duro, pero apenas si podía sostener a su esposa y sus cuatro hijos.

Veía que mi madre trabajaba día y noche para asegurarse de que estuviéramos alimentados, vestidos y atendidos cuando nos enfermábamos. Sus vidas eran una interminable lucha por sobrevivir. Sabía también que había gente en la nación que poseía riquezas pasmosas y que sin ninguna duda no trabajaba tan duro como mis padres. El sistema no era justo.

A todo mi alrededor en esa época de depresión había familias en estado de necesidad desesperada sin ninguna culpa de su parte; incapaces de pagar el alquiler, el propietario, con el respaldo de la ley, les arrojaba las pertenencias a la calle. Sabía por los periódicos que esto era cierto a lo largo y a lo ancho del país.

Yo era lector. Había leído muchas de las novelas de Dickens desde que tenía trece años, y habían despertado dentro de mí una indignación contra la injusticia, una compasión por la gente a la que trataban con crueldad sus empleadores, el sistema legal. Entonces, en 1939, leí *Las uvas de la ira* de John Steinbeck y esa indignación regresó, esta vez dirigida a los ricos y poderosos del país.

En el *Manifiesto*, Marx y Engels (Marx tenía treinta años, Engels veintiocho, y Engels dijo más adelante que Marx había sido el autor principal) describían lo que yo experimentaba, lo que yo leía, que, veía ahora, no era una aberración de la Inglaterra del siglo XIX o de los Estados Unidos de la era de la depresión, sino una verdad fundamental sobre el sistema capitalista. Y ese sistema, por más profundamente afianzado en el mundo moderno que estuviera, no era eterno: se había originado en cierta etapa de la historia y un día saldría de escena, remplazado por un sistema socialista. Era una idea inspiradora.

“La historia de todas las sociedades existentes hasta aquí es la historia de la lucha de clases”, proclamaban en las páginas iniciales del *Manifiesto*. Así, los ricos y los pobres no se miraban entre sí como individuos, sino como clases. Eso convertía el conflicto entre ellos en algo monumental. Y sugería que los trabajadores, los pobres, tenían algo que los unía en su búsqueda de justicia: su común pertenencia a la clase trabajadora.

¿Y qué hay del papel del gobierno en esa lucha de clases? “Justicia equitativa para todos” se leía en la fachada de los edificios públicos. Pero en el *Manifiesto*, Marx y Engels escribieron: “El ejecutivo del Estado moderno no es más que un comité que administra los negocios comunes de la burguesía en su conjunto”. Presentaban una idea sorprendente: que la maquinaria del gobierno no era neutral; que, a pesar de sus pretensiones, servía a la clase capitalista.

A los diecisiete años de edad, de repente vi dramatizada esa idea. Mis amigos comunistas me llevaron con ellos a una manifestación en Times Square. Cientos de personas desplegaron pancartas que proclamaban la oposición a la guerra, la oposición al fascismo, y marcharon por la calle. Oí sirenas. La policía montada cargó contra la multitud. A mí me dejó inconsciente un golpe de un policía de civil. Cuando volví en mí, a medida que se me aclaraba la cabeza, solo tenía un pensamiento inquietante: la policía, el Estado, hacían lo que les mandaban los poseedores de las grandes riquezas. Cuánta libertad de expresión y libertad de reunión

tenía uno dependía de la clase a la que perteneciera.

Cuando, a los dieciocho años de edad, fui a trabajar en un astillero de Brooklyn como aprendiz ensamblador (nuestro trabajo consistía en ensamblar, con remaches, con soldaduras, las planchas de acero de los cascos de los acorazados), yo ya tenía “conciencia de clase”. En el astillero, me encontré con otros tres trabajadores jóvenes parecidos a mí y los cuatro emprendimos la tarea de organizar a nuestros compañeros aprendices, que estaban excluidos de los sindicatos de obreros especializados. También nos pusimos de acuerdo en encontrarnos una vez por semana a leer las obras de Marx y Engels.

Así leí la exposición de filosofía marxista de Engels en su libro *Anti-Dühring* (una polémica contra un escritor de apellido Dühring) y recorrí con esfuerzo el primer volumen de *Das Kapital*. El sistema, veía yo con cierta emoción, quedaba ahora al desnudo. Detrás de todas las complicaciones de las transacciones económicas, había ciertas verdades medulares: el trabajo

era la fuente de todo valor; el trabajo producía un valor superior a sus magros salarios; y esa plusvalía iba a los bolsillos de la clase capitalista. Los capitalistas necesitan que haya desempleo –un “ejército laboral de reserva”– para mantener bajos los salarios. El sistema apreciaba las cosas, en especial el dinero, más que a la gente (“fetichismo de la mercancía”), de modo que todo bien de la vida se medía por su valor de cambio.

La teoría marxista explicaba que la explotación y la lucha de clases no eran un fenómeno nuevo en la historia del mundo, sino que el capitalismo las llevó a su punto más agudo y a escala mundial. El capitalismo fue una fuerza progresista en la historia hasta cierta etapa del desarrollo humano. “La burguesía, históricamente, ha desempeñado un papel muy revolucionario”, escribieron ellos en el *Manifiesto*. Ha posibilitado un enorme progreso tecnológico y científico, ha creado inmensas riquezas. Pero estas fueron quedando concentradas cada vez en menos manos. Había un conflicto fundamental entre las fuerzas crecientemente organizadas de

la producción y la anarquía del sistema de mercado. A cierta altura, el proletariado explotado se organizaría, se rebelaría, tomaría el poder y usaría la tecnología avanzada para las necesidades humanas, no para el enriquecimiento de la clase capitalista.

Esa fue mi introducción juvenil a Marx. Años más tarde –después de servir como bombardero en la Octava Fuerza Aérea durante la Segunda Guerra Mundial y de ir a la universidad y de hacer un posgrado con ayuda de la ley de derechos para veteranos de esa guerra y el apoyo de mi esposa y mis dos hijos– empecé a enseñar historia y política, primero en el sur en el Spelman College. Después de siete años en el Spelman, acepté un puesto en la Boston University y me mudé al norte. En mis cursos de teoría política, presté seria atención a los escritos de Marx y Engels.

A cierta altura de fines de la década de 1960, empezó a interesarme el anarquismo, por varias razones. Una fueron las pruebas en aumento de los horrores del estalinismo en la Unión Soviética, lo cual sugería que era necesario

reconsiderar el concepto marxista clásico de “la dictadura del proletariado”. Otra fue mi propia experiencia en el sur en la lucha contra la segregación racial encabezada por el *Student Nonviolent Coordinating Committee* [Comité Coordinador No Violento Estudiantil]. El SNCC (comúnmente llamado *Snick* [tijereta-zo]), sin ninguna conciencia teorizante, actuaba de acuerdo con principios anarquistas: sin ninguna autoridad central, con toma de decisiones democrática desde las bases. En la Nueva Izquierda de la década de 1960, eso se llamaba “democracia participativa”.

Empecé a leer sobre el anarquismo, comenzando por la anarco-feminista estadounidense Emma Goldman y su amigo Alexander Berkman. Seguí con Piotr Kropotkin y con Mijaíl Bakunin. Bakunin era un feroz adversario del concepto de Marx sobre cómo debía producirse una revolución. Emma Goldman, deportada de los Estados Unidos a Rusia en 1919 por oponerse a la Primera Guerra Mundial, observó que el nuevo Estado soviético estaba encarcelando no solo a sus opositores burgueses sino a

revolucionarios disidentes y criticó con dureza lo que consideraba una traición al sueño socialista. Esa inmersión en el pensamiento anarquista me llevó a iniciar en la Boston University un seminario sobre “Marxismo y anarquismo”.

Desde 1965 (año de una seria escalada de la guerra de Vietnam) hasta 1975 (cuando se rindió el gobierno de Saigón), estuve muy metido en el movimiento contra la guerra y mis escritos se concentraron mucho en cuestiones relativas a la guerra. Cuando la guerra terminó, me sentí en libertad de hacer otras cosas y escribí una obra de teatro acerca de Emma Goldman, *Emma*, que se puso en escena en Boston y en Nueva York, y unos años más tarde en Londres y en Tokio. En una de las escenas de la obra, jóvenes revolucionarios neoyorquinos discuten en un café del Lower East Side acerca de las ideas de Marx versus las de Bakunin.

Me interesaban mucho las vidas personales de esos pensadores. La autobiografía de Emma Goldman, *Living My Life* [*Viviendo mi vida*], era un informe franco de su tempestuosa vida como rebelde, no solo en política,

sino también en el sexo. Marx jamás escribió una autobiografía, pero era posible recurrir a una cantidad de biografías en busca de conocimientos sobre su vida privada. Además, había una brillante biografía de su hija Eleanor Marx de la escritora inglesa Yvonne Kapp, en la que relata los detalles de la vida de la familia Marx en Londres.

Karl y Jenny Marx se habían mudado a Londres después de que a él lo expulsaran de un país tras otro del continente europeo. Vivían en el mugriento barrio del Soho y revolucionarios de toda Europa, al llegar a Londres, entraban y salían de su casa en tropel. Imaginar esa escena —Marx en su casa; Marx con la esposa, Jenny; con la hija Eleanor— me fascinaba.

La feliz experiencia que tuve con la obra sobre Emma Goldman me atrajo hacia el mundo del teatro, y me propuse escribir una obra sobre Karl Marx. Quería mostrar a Marx como poca gente lo conoció, como un hombre de familia, en lucha para sostener a la esposa y los hijos. Tres de los hijos murieron muy pequeños y tres hijas sobrevivieron.

También quería que el público viera a Marx defender sus ideas contra los ataques. Sabía que Jenny, la esposa, era una pensadora formidable y la imaginé haciéndole frente a Marx de vez en cuando. Sabía que su hija Eleanor era una niña precozmente brillante y la veía desafiando algunas de las teorías más sofisticadas de él. Quería someter las ideas de Marx a una crítica anarquista y decidí inventar una visita de Bakunin a su casa. (De hecho, no hay ningún registro de tal visita, aunque Marx y Bakunin se conocían y eran adversarios feroces dentro de la Asociación Internacional de los Trabajadores, la Primera Internacional.)

Había algo más que me parecía ausente de las habituales apreciaciones con respecto a Marx. El énfasis estaba siempre puesto en el Marx pensador, el teórico. Sabía que Marx había sido extraordinariamente activo como revolucionario, primero como periodista rebelde en Alemania, luego con asociaciones de trabajadores en París y con la Liga Comunista en Bruselas. Había sido activo en Renania durante las revoluciones europeas de 1848, lo que

derivó en que lo llevaran a juicio y lo absolvieran después de un discurso dramático en el tribunal. Después de su exilio en Londres, estuvo metido en la Asociación Internacional de los Trabajadores, en la causa de la libertad de Irlanda y en 1871 como partidario de la Comuna de París.

Sus escritos durante esos años fueron no solo teóricos sobre política económica, como *Das Kapital*, sino reacciones inmediatas a acontecimientos políticos, a las revoluciones de 1848, a la Comuna de París, a luchas de trabajadores en todo el continente. Por lo tanto, yo quería poner en escena ese otro lado de Marx: el revolucionario apasionado, comprometido. La obra que escribí incluía como personajes a Marx, a su esposa Jenny, a su hija Eleanor, a su amigo Engels y a su rival político Bakunin. Hubo una lectura pública en Boston que fue bien recibida, pero que no me satisfizo. Entonces me propuse convertirla en una obra de un solo personaje.

Mi esposa, Roslyn, que siempre fue una crítica perceptiva de mis escritos, me instaba a hacer la obra más relevante para nuestra

época, antes que una pieza histórica sobre Marx y Europa en el siglo XIX. Reconocí que ella tenía razón en eso y, después de luchar un rato con el asunto, se me ocurrió la idea de que Marx, en una especie de fantasía, regresara de donde fuera que estuviese al presente. Además, regresaría a los Estados Unidos, de modo que no sólo pudiera rememorar su vida en la Europa del siglo XIX, sino también hacer comentarios sobre lo que está pasando hoy en el país. Decidí hacer que las autoridades, fueran quienes fuesen, lo devolvieran, por un error burocrático, no al Soho de Londres donde él vivió, sino al Soho de Nueva York.

Aunque era una obra de un solo personaje, yo iba a hacer que Marx devolviera a la vida, a través de sus recuerdos, a la gente importante en su propia vida, en especial la esposa, Jenny, y la hija Eleanor. Y traería de vuelta a Bakunin, el anarquista. Todos ellos, de diferentes maneras, someterían las ideas de Marx a una crítica directa. Habría una dialéctica de puntos de vista opuestos, presentada a través del recuerdo de las discusiones por parte de Marx.

Escribí la obra en una época en que el derrumbe de la Unión Soviética producía una exultación casi universal en la prensa dominante y entre los jefes políticos: no sólo había desaparecido “el enemigo”, sino que las ideas del marxismo estaba desacreditadas. El capitalismo y el “mercado libre” habían triunfado. El marxismo había fracasado. Marx estaba muerto de verdad. Me pareció importante, por lo tanto, dejar claro que ni la Unión Soviética, ni otros países que se llamaban a sí mismos marxistas pero habían instaurado Estados policiales, representaban la noción de socialismo de Marx. Quería mostrar a Marx enojado por que hubieran distorsionado sus teorías a tal punto como para admitir las crueldades estalinistas. Me parecía necesario rescatar a Marx no solo de los seudosocialistas que habían establecido gobiernos represivos en varias partes del mundo, sino también de todos los escritores y políticos de Occidente que se regodeaban por el triunfo del capitalismo.

La crítica del capitalismo hecha por Marx, quería demostrar yo, sigue siendo fundamen-

talmente cierta en nuestro tiempo. Su análisis se corrobora todos los días en los titulares de los periódicos. Él vio la velocidad y el caos sin precedentes del cambio tecnológico y el cambio social en su tiempo, lo cual es más cierto todavía hoy. “Una revolución constante de la producción, una perturbación ininterrumpida de todas las condiciones sociales, una incertidumbre y una agitación permanentes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones fijas, congeladas, con su séquito de prejuicios y opiniones antiguas y venerables, resultan barridas; todas las recién formadas se vuelven anticuadas antes que puedan osificarse. Todo lo que es sólido se disuelve en aire”. Eso estaba en el *Manifiesto*.

Lo que llamamos “globalización” lo vio Marx con mucha claridad. Otra vez, el *Manifiesto*: “La necesidad de un mercado en constante expansión para sus productos persigue a la burguesía por toda la superficie del globo. Tiene que anidar en todas partes, asentarse en todas partes, establecer conexiones en todas partes. [...] En lugar del antiguo aislamiento

autosuficiente local y nacional, tenemos vínculos en todas las direcciones, una interdependencia universal de las naciones”. Los “acuerdos de libre comercio” buscados por el gobierno de los Estados Unidos en años recientes son intentos de quitar cualquier restricción que haya al libre flujo de capitales a través del globo: darles a los capitalistas el derecho de explotar a la gente en todas partes.

Los titulares que mira Marx en el transcurso de la obra no le sorprenden. Él vio las fusiones de empresas inmensas, que continúan hoy, pero en mayor escala. Vio la brecha creciente entre los ricos y los pobres, lo cual no solo es cierto dentro de cada país sino, más dramáticamente todavía, entre los pueblos de las naciones ricas y los de las naciones pobres.

En la obra, Marx dice que el socialismo no debería adoptar las características del capitalismo. Observando que en los países seudosocialistas han ejecutado a opositores al régimen, reflexiona sobre lo que dijo acerca del sistema de crimen y castigo cuando escribía en el *New York Daily Tribune* en 1853: “¿No es necesario

reflexionar en profundidad sobre la modificación del sistema que engendra estos crímenes, en vez de glorificar al verdugo que ejecuta a un montón de criminales solo para hacer lugar al suministro de otros nuevos?”.

Vivimos en una sociedad que la expresión de Marx “fetichismo de la mercancía” describe a la perfección. Como dijo Ralph Waldo Emerson, más o menos alrededor de la misma época, al observar el comienzo del sistema industrial estadounidense: “Las cosas van en la montura montadas sobre la humanidad”. La protección de la propiedad corporativa se juzga más importante que la protección de la vida humana. En efecto, la Corte Suprema decidió a fines del siglo XIX que una corporación era “una persona” y por lo tanto estaba protegida por la Cuarta Enmienda, más protegida, de hecho, que los negros, para quienes fue escrita originalmente esa enmienda.

Marx tenía apenas veinticinco años, y vivía en París con Jenny, cuando escribió un notable documento, solo publicado muchos años más tarde, conocido como *Manuscritos económicos*

y filosóficos. Marx escribió allí acerca de la alienación en el mundo moderno, llevada a su cumbre bajo el capitalismo, con los seres humanos alienados de su trabajo, de la naturaleza, de los demás y de sí mismos. Este es un fenómeno que vemos a nuestro alrededor en nuestro tiempo, un fenómeno que acarrea miseria psicológica a la vez que material.

Marx consagró la mayor parte de lo que escribió a la crítica del capitalismo y muy poco a la descripción de la forma que podría presentar una sociedad socialista. Pero podemos extrapolar lo que dice sobre el capitalismo para imaginarnos una sociedad sin explotación, donde la gente se sienta una con la naturaleza, con el trabajo que hace, con los demás y consigo misma. Marx nos da algunas pistas acerca del futuro cuando describe en términos encendidos la sociedad creada por la Comuna de París de 1871 en sus breves meses de existencia. Traté de incorporar en la obra esa visión.

Quienes lean *Marx en el Soho* tal vez se pregunten cuánto contiene de históricamente exacto. Los acontecimientos mayores de la vida

de Marx y de la historia de esa era son fundamentalmente ciertos: el casamiento con Jenny, el exilio en Londres, la muerte de tres hijos y los conflictos políticos de la época: la lucha irlandesa contra Inglaterra, las revoluciones de 1848 en Europa, el movimiento comunista, la Comuna de París. Los personajes principales de los que él habla son reales: los miembros de su familia, su amigo Engels, su rival Bakunin. El diálogo es inventado, pero he tratado de ser fiel a las personalidades y al pensamiento de los personajes, aunque pueda haberme tomado ciertas libertades al imaginar los conflictos ideológicos de él con Jenny y Eleanor. En unas pocas ocasiones, como cuando describe a Napoleón III, usé palabras del propio Marx.

Mi esperanza es que *Marx en el Soho* ilumine no solo aquella época y el lugar de Marx en ella, sino también nuestra época y nuestro lugar en ella.